

PARA AVIS

Por WANDERER

Paseando por ese trecho colorinesco, lleno de trapos y chucherías japoneses, de la avenida Rizal, iba cierta tarde, del brazo de un hombre, una mocita de pasos menudos y tímidos.

Era la hora del éxodo de oficinistas y estudiantes, y en la acera blanca, frente a los escaparates tentadores, bullía un hormigueo humano, sobre cuyos hombros pesaba la fatiga de las horas de trabajo y en cuyos párpados se agazapaba la curiosidad.

Pasaban otras mujeres, jovencitas en su mayor parte, cuyo uniforme blanco de escolares, esclavas de la rutina y el reglamento, confundía las con el montón anónimo y oscuro de la calle.

También desfilaban mozas juncales, de sangre criolla que a la legua se distinguían de sus hermanas, por su andar marchoso, su taconeo firme, su cabello breve y su vestido prieto, encendiendo a su paso fogaradas de deseo en las pupilas masculinas.

En aquella ocasión, sin embargo los hombres no tenían más ojos que para la mujercita de pasos menudos y tímidos, que iba del brazo de su caballero, inconscientes ambos de la admiración y curiosidad que despertaban.

¿Qué tendría aquella joven, que no tuviesen las demás, para hechizar así a la multitud prendiendo sus miradas en la estela de encanto que emanaba de toda su persona? Ni bonita ni fea, era el tipo ordinario de la moza provinciana, tostada y exuberante. Su apariencia denotaba su condición humilde.

Sus pies morenos y chiquitos se hallaban encerrados en unas zapatillas deslumbrantes de lentejuelas y abalorios. Su camisa de sinamay rosa transparentaba la redondez de sus formas, con mangas que se plegaban a sus brazos como alas. Su tapiz y su pañuelo de balintawak a rayas coloradas, azules y verdes completaban su indumentaria, dándole el aspecto a la vez frágil y bizarro de una mariposa volando a ras de tierra.

¿Qué de particular tenía que aquella mocita, cuyo cuerpo respiraba el verdor y la lozanía de los campos, y olía a malvarosa e ilang-ilang, vistiera el traje típico de la mujer filipina en las calles de Manila? ¿No podía pues, vestir el traje del país, en su propio país, sin provocar la curiosidad y el mudo asombro de sus paisanos?

Esta es, sin embargo ¡triste es decirlo! la realidad desconsoladora: el traje de mestiza se lleva

ya tan poco en nuestras calles, que se ha convertido en la pobre cenicienta, la extraña en su propia casa. Y la mujer que lo lleva es mirada con curiosidad morbosa, si no con ojos de piedad, como un parto de los montes, o quizás un ave rara caída de otro planeta.

Está bien cuanto se diga de la sencillez, comodidad y economía del vestido europeo, el más acoplado a las exigencias de la vida moderna y a las actividades de la mujer de hoy; pero ¡qué pena ver cómo caen y se desmoronan nuestros más altos castillos aéreos, hasta la poesía del traje de mestiza arrollada por la prosa de la vida!

El vaporoso traje de la mujer filipina, lo mismo que la cuestión de la independencia y los fuegos artificiales son cosas tan raras en nuestros días, que sólo podemos permitirnos el lujo de verlos desplegados en todo su esplendor, cuando las grandes ocasiones: en el rigodón de palacio, por ejemplo; cuando llega don Isaura Gabaldón de Europa; el 4 de julio... ¡y así por el estilo!



Dr. IGNACIO GARCÍA

Conocido joven profesional y de alto prestigio comercial cuya muerte instantánea ha causado una honda impresión a cuantos en vida le trataron.